

INTRODUCCIÓN A ERIC HAZAN

En medio de las tinieblas intelectuales del panorama europeo, están ardiendo algunas resplandecientes llamas como evidencia el trabajo de Eric Hazan. Director-fundador de *Editions La Fabrique*, desde 1998 ha publicado una corriente regular de trabajos radicales e imaginativos y notables traducciones de disidentes israelíes y palestinos. En los últimos seis años ha escrito cuatro libros entre los que se encuentran *L'invention de Paris* (2002), *Chronique de la guerre civile* (2004) y *Changement de propriétaire. La guerre civile continue* (2007), de los cuales se reproducen extractos a continuación.

Hazan nació en París en 1936, y se dirigió hacia los estudios de medicina. Después de un corto periodo de militancia comunista, rompió con el partido en 1956, no a causa de Hungría sino de Argelia. Un PCF que renegaba de sus camaradas árabes y expulsaba a militantes arrestados por apoyar al FLN, no podía seguir siendo el Partido de la Resistencia. Hazan se unió a un goteo de médicos en contrapartida al éxodo masivo de profesionales franceses de Argelia en 1962, trabajando como médico de pueblo. En 1970 colaboraba desde la Asociación Médica Franco-Palestina y trabajó de voluntario en un campo de refugiados a las afueras de Beirut. Su giro hacia el mundo editorial vino en 1983, cuando se hizo cargo de la editorial de arte de su padre, Éditions Hazan; quince años más tarde, forzado a un acuerdo con Hachette, rompió con Hazan para crear Éditions La Fabrique.

Una figura poco común en Francia, dado que habla en términos mordaces —un deber como judío— contra el abrumador consenso oficial sobre Oriente Próximo, Hazan ha analizado convincentemente las maneras en que el tradicional antisemitismo francés, inadmisibles después de su colaboración con el nazismo, ha sido «delegado» a los descendientes de los colonizados, mientras que el tradicional racismo francés ha encontrado nueva expresión atacando a estos últimos atribuyéndoles una fobia antijudía inflada desde los medios de comunicación.

En su trabajo, la metáfora de una «guerra civil mundial» con frentes en todas partes, también se manifiesta en la coacción del Estado sobre las *banlieues*, las zonas urbanas degradadas, las zonas de guerra imperial. Sus escritos ensamblan *collages* —fragmentos del tiempo, escenas de la calle— en un intento de recomponer una totalidad que la actuación de los medios liberal-democráticos intenta disgregar. Hazan ha descrito su programa como un intento de llevar a la práctica la idea de Rancière de «la igualdad de todos con todos». Los puntos de vista de un internacionalista peculiar, poseedor de una amplia cultura histórica.

FRANCIA BAJO UNA NUEVA DIRECCIÓN

Los cien primeros días de Sarkozy

Domingo 6 de mayo. Los resultados de las elecciones están disponibles¹. Pronto se hará de noche. Atravieso la Place de la République en mi moto. Los grandes bulevares están desiertos. No se ve a nadie en la rue d'Eng-hien, donde están situados los cuarteles de la campaña de Sarkozy; la calle está cerrada por barreras metálicas y un delgado cordón policial. Enfrente del Le Mauri 7, un café en Faubourg Saint-Denis esquina con Passage Brady, los kurdos del barrio están comentando en la acera el campeonato de fútbol turco. La hilera de furgonetas de la policía antidisturbios en el Boulevard du Bonne Nouvelle alcanza hasta la rue d'Hauteville.

En el Boulevard Haussmann, la única presencia humana notable es la de dos sin techo durmiendo en frente de la Chapelle Expiatoire, pero cuando llego a Saint-Augustin hay una repentina multitud. Los seguidores de Sarkozy están emergiendo de Salle Gaveau dirigiéndose hacia la Place de la Concorde: cientos de estudiantes de liceo y de colegios mayores en camisetas azules, con globos, banderas y emblemas verdiazules. Las bocinas de los coches marcan el ritmo, la gente en las aceras aplaude. La edición especial de *L'Express* (titular: «El Presidente»), ya está en manos de todos. ¿Tenían otra portada alternativa o estaban tan seguros del resultado? La juventud de los barrios ricos sale a celebrar el triunfo del partido del orden y la autoridad, inundando el Boulevard Malesherbes.

Place de la Concorde: los técnicos están muy atareados instalando las luces y el sonido para el gran concierto. Al otro lado del Sena, un delgado cordón policial protege el Palais Bourbon y bloquea la entrada al Boulevard Saint-Germain de manera disuasoria. En el exterior de los cuarteles del Partido Socialista, en la rue de Solférino, los chicos y chicas del Mouvement des Jeunes Socialistes están tratando de animar la cara; una cara tan blanca, limpia y bien alimentada como la de sus oponentes del otro lado. En pocas semanas todos estos jóvenes saludables estarán compartiendo el mismo campeonato de tenis en Roland Garros.

¹ En las elecciones presidenciales francesas de mayo de 2007, Nicolas Sarkozy obtuvo 19 millones de votos frente a los 16,8 de Ségolène Royal, con una participación del 84 por 100.

En el Barrio Latino no se ve ni a un gato, ni siquiera furgones de policía, una señal de la decadencia que ha caído sobre este distrito donde tantos movimientos sediciosos han tenido origen. En el cruce con Boulevard Henri IV, completamente desierto, la policía está impidiendo el acceso de los vehículos a la Place de la Bastille. Allí, sentadas en el pedestal de la columna, algunas chicas lanzan fuegos artificiales que proyectan un agradable resplandor rojo sobre la plaza junto a nubes de humo. La multitud es una mezcla de todo tipo de vestimentas, de colores de piel, estilos de peinado, pegatinas y banderas. Su enojo es alegre y contagioso. Una turista rubia está descifrando la inscripción en la base de la columna y se atasca con «*qui combattirent*». Alguien le ayuda: «que combatieron, combatieron».

Se forma un cortejo que pretende ir en dirección a Belleville, pero todas las calles fuera de la plaza están bloqueadas por los CRS, con cascos, escudos, porras y gases lacrimógenos. A la entrada del Boulevard Richard-Lenoir empiezan a romperse las primeras señales de tráfico, empiezan a lanzarse las primeras piedras y empiezan las primeras granadas lacrimógenas. Los enfrentamientos empiezan a radicalizarse y busco salida por una calle lateral, la rue Jean Beausire. Resultaría bastante estúpido quedarme encerrado con mi moto cuando los CRS carguen para desalojar la plaza.

Esta noche uno todavía puede ver esa división de París entre este y oeste que ha marcado todas las batallas en la ciudad desde las fechas de junio de 1848.

7 de mayo

Había algo raro en el eslogan de Sarkozy: «Juntos, todo se vuelve posible». ¿Por qué esa matización de «se vuelve», en vez de simplemente «todo es posible»? Tenía que ser un tráfuga de la izquierda, alguien como Jacques Attali o Max Gallo, el que señalara a los fieles de la UMP que la fórmula ya se había expuesto. Era el título de un artículo de Marceau Pivert, publicado en *Le Populaire* del 27 de mayo de 1936; las últimas palabras decían: «Todo es posible, y a toda velocidad. Estamos en un momento que ciertamente tardará en volver en el reloj de la historia. Por eso, como todo es posible, ¡de frente, camaradas!». Citar a Jaurès o a Blum es una cosa, pero asumir las palabras de la izquierda revolucionaria sería ya demasiado².

En la colección de hombres ilustres que cita Sarkozy en todas sus apariciones, apenas hay alguno de la derecha, y exceptuando a Juana de Arco, de hecho tampoco hay mujeres. Cuidadoso en sus alabanzas a los gloriosos hijos de cada región –Lamartine y St. Bernard de Clairvaux en Bur-

² Marceau Pivert (1895-1958): dirigente de la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO). Atacó a Blum por su capitulación en 1936. *L'Humanité* respondió con un editorial: «¡No, todo no es posible!».

gundy, Mirabeau en Provence— en Metz, Sarkozy se encontró evocando a Barrès, que hizo campaña en Lorraine con el eslogan «Contra los extranjeros». Una mención breve ésta, habida cuenta de que sus colegas del CRIF, podrían no apreciar demasiado su elogio del dirigente antiDreyfus³. Sin embargo, no hizo ninguna mención de Guizot, Thiers, Mac-Mahon, Tardieu o Laval, y la razón está clara. La misma palabra «derecha» ha reaparecido bastante recientemente en el vocabulario de estos políticos. Después de la Liberación, los líderes de la derecha se encontraban bien en prisión, en algunos casos habían caído bajo las balas o huido al extranjero. Recuerdo perfectamente que en la IV República sólo había un partido y un dirigente que reconociera explícitamente estar en la derecha. Después del regreso de De Gaulle, sus seguidores se defendían de esta auténtica acusación, negando todas las evidencias, e incluso había un triste grupo de gaullistas de izquierdas. Solamente a finales de la década de 1970, con la generación de Edouard Balladur y Raymond Barre, la palabra «derecha» se pudo pronunciar otra vez sin sonrojarse y los «valores de la derecha» se pudieron evocar públicamente.

La elevada participación electoral se nos presenta como una victoria de la democracia representativa. De acuerdo con François Fillon, al que mayoritariamente se considera el nuevo primer ministro, es la «puerta por la que podemos escapar de la crisis de confianza que ha agarrotado a nuestro país durante tanto tiempo». Para François Baroin, ministro del Interior, «esta impresionante moviliación demuestra el vigor de nuestra democracia y los valores republicanos que compartimos» (*Le Monde*, 8 de mayo). Todo el mundo pretende ignorar que la participación se debe a la excepcional conjunción de dos temores: de un lado, el miedo a Sarkozy, que se está preparando demasiado claramente para «castigar a los pobres», y, del otro, el miedo a los pobres que tienen todos aquellos que temen perder lo que tienen (pensionistas, tenderos, funcionarios, agricultores) y que, como la legendaria Gribouille, han optado por tirarse al agua antes que seguir esperando a no se sabe qué.

8 de mayo

Desde la noche del domingo, se ha hablado mucho de «resistencia», pero no creo que esa sea la palabra adecuada. Para los franceses, resistencia se escribe siempre con R mayúscula, una de esas grandes palabras que ahora sacan de la Historia para estamparla sobre la situación actual, un lenguaje militante que excusa la necesidad de reflexión. Lo mismo pasa con «fascismo». Sarkozy y su séquito no son fascistas y su reinado será más parecido al de Berlusconi que a ninguna clase de neodoriotismo⁴. El presidente de todos los franceses cena en Bouquet la noche de su elección, al

³ CRIF: Consejo de Representación de las Instituciones Judías de Francia.

⁴ Jacques Doriot (1898-1945): fundador del fascista Partido Popular Francés en 1936.

día siguiente toma un jet privado y va a «refrescarse» en un yate prestado por Vincent Bolloré: se puede ver de dónde le viene el estilo.

Esta noche no hay más gente de la habitual en el encuentro de Educación sin Fronteras. Doscientas o trescientas personas ocupan el final de la rue de Belleville, con una buena mezcla de las muchas nacionalidades del barrio y algunos chinos, lo que es una novedad. Las reuniones se celebran el primer martes de cada mes, y en ellas la gente discute sobre las últimas redadas contra los sin techo y debaten la mejor manera de oponerse a las próximas; sin muchos discursos ni demasiado eco. Los panfletos se reparten entre los cochecitos de los niños. Se puede pensar que esto es algo más sentimental y humanitario que político, pero también puede ser un buen camino para que la gente de base aprenda maneras de rechazar la sumisión.

9 de mayo

En *Liberation* Silvio Berlusconi proclama: «Nicolas Sarkozy me ha tomado como modelo político». Cuando estaba en el poder, Berlusconi declaraba que «muchos italianos están contentos de tener un primer ministro capaz de utilizar sus propios aviones y coches, y de recibir a huéspedes de Estado en palacios que le pertenecen».

Parece haber cierta urgencia en «renovar» y modernizar el Partido Socialista. Todo el mundo sabe qué hacer para renovar un granero en ruinas o poner al día un paquete de detergente, pero hacer eso con un partido político está menos claro. Ayer, en un artículo en *Liberation*, Laurent Joffrin muestra hasta dónde pueden llegar esas divagaciones: «¡Cambiar todo! El programa es seductor pero poco claro [...] ¿Deberíamos movernos a la derecha o a la izquierda? Eso es una alternativa demasiado simple. Lo que necesitamos es un replanteamiento más profundo de todos los valores y programas». Michel Noblecourt, un columnista de *Le Monde* señala en el periódico de hoy que el ejemplo de Jospin debería servir de inspiración, porque él «asumió en tres convenciones clave, una revisión del *software* ideológico» (esta imagen del *software* ideológico ha invadido el periodismo político). En el mismo periódico, Henri Weber, diputado europeo y secretario nacional del Partido Socialista, dice: «el partido tiene que mejorar y sistematizar su utilización de Internet como medio de comunicación, su formación interior y su acción política e ideológica».

El primer problema y de ninguna manera el menor de ellos, es liquidar el pasado, la vieja «cultura política» que ahora requiere renovación. Pero desde 1981 (podemos generosamente renunciar a retroceder a la SFIO) hemos asistido a la vuelta a la austeridad en 1983, a las privatizaciones, a la desregulación de los mercados financieros, al Tratado de Maastricht, a la ley de seguridad civil, a las opciones sobre acciones; todo esto son «fundamentos» (por usar la expresión actual) que debemos a los socialistas,

que a pesar de ello tan preocupados están por la modernización. De aquí una segunda dificultad: ¿cómo resultar creíble cuando uno pretende no ser lo que realmente es? Cuando Dominique Strauss-Kahn se declara capacitado para llevar el partido hacia la socialdemocracia, o Henri Weber escribe que el PS debe volverse «un partido reformista moderno», ¿están tratando de hacernos creer que el PS es el partido marxista de la revolución? ¿Cómo pueden pretender querer convertirse en un partido reformista, cuando desde el Congreso de Tours de 1920 siempre lo han sido?

Liberalismo; democracia. El supuesto triunfo de la «democracia» tras el derumbe del comunismo cuartelario fue acompañado de una disolución gradual del sentido de esta palabra, que ha venido a denotar indiferentemente tanto el colapso del pensamiento, como el consumo programado de bienes culturales y productos orgánicos: la democratización de la filosofía mediante los cafés y de la revista *Philosophie*, la democratización del salmón ahumado mediante las ofertas de Carrefour. Y cuando la gente expresa repentinamente su voluntad, con la fiebre y el exceso que son características habituales de semejantes estallidos, los demócratas más convencidos se apresuran a reprimir esta catastrófica erupción democrática. Como señala Jacques Rancière⁵, es un «odio de la democracia» lo que nos explica el delirante arrebato de Sarkozy en Bercy, el 30 de abril en el que mostraba su determinación de «liquidar el espíritu de Mayo del 68».

Por su ambigüedad fundamental, la palabra «liberal» ha servido desde sus orígenes como elemento ideal de camuflaje. Los primeros liberales franceses, bajo la Restauración de la década de 1820, formaron un grupo opositor en la Cámara de los Diputados que incluía tanto a financieros (el banquero Laffitte era solamente el más famoso de ellos), como a teóricos de un régimen parlamentario que respetara las libertades (como Benjamin Constant y los héroes de *Le Globe*, el periódico liberal que más tarde se convertiría en el órgano de los saint-simonianos). La gran fractura en el seno del liberalismo entre el mercado bursátil y el Collège de France ha durado dos siglos y ha producido inmensos beneficios para la legitimidad capitalista. Asociaciones emblemáticas en este doble lenguaje liberal incluirían al filósofo Alain y la combinación Tardieu-Laval antes de la Segunda Guerra Mundial; Raymond Aron-Antoine Pinay en la década de 1950 y más recientemente a François Furet-Bernard Tapie, o Pierre Rosanvallon-Vincent Bolloré con su yate.

10 de mayo

¡Pobre Alain Finkielkraut! Una vez más no ha sabido entenderlo. En *Le Monde* dice que para él «no puedes apelar a Michelet, Péguy y Malraux y

⁵ Jacques Rancière, *La haine de la démocratie*, París, La Fabrique, 2005 [ed. cast.: *El odio a la democracia*, Madrid, Amorrortu, 2006].

al mismo tiempo revolcarte en el mal gusto con alguna celebridad de la *jet set* o de la farándula. No puedes cantar odas a la imparcialidad del Estado y al mismo tiempo empezar tu mandato aceptando los caros favores de un magnate de los negocios». Sí, sí que puedes. Los que vieron la excursión por Malta como una metedura de pata política se equivocan: fue intencionada, fue la deliberada escenificación de un nuevo estilo «de dirección», «sin complejos ni tabúes» como les gusta decir.

11 de mayo

Reunión en Mulhouse sobre el tema «Cuarenta años de ocupación de Palestina». El colectivo que lo organiza está muy mezclado: hombres y mujeres de todas las edades, musulmanes cercanos a Tariq Ramadan, judíos de varias opciones y «franceses inocentes», como le gusta decir a Raymond Barre. Unas cuarenta personas, no poco para una ciudad en la que el 60 por 100 ha votado a Sarkozy, felices de estar juntas pero desmoralizadas. Es cierto que lamentarse indefinidamente de las desgracias de Palestina, sin más perspectiva que pedir un Estado palestino que todo el mundo sabe que sólo puede ser un desastre, es suficiente como para desmoralizar a cualquiera. La idea de un Estado único, (una expresión que prefiero a la de «Estado binacional» porque ya hay más que suficientes naciones) provoca la genuina discusión de siempre. Una discusión, más que un debate formal; se interrumpen los discursos, las preguntas se lanzan desde cada esquina de la sala, las risas, ninguna tentativa de controlar.

Pero actualmente existe una prefiguración de este Estado único, en miniatura y desplazado: el Boulevard de Belleville, entre las estaciones de metro de Belleville y Couronnes. Desde la rue de Belleville hasta la rue Bisson es la tierra de los judíos tunecinos: de los pobres cafés donde los viejos pasan el día jugando a las cartas y discutiendo en árabe, de la gran sinagoga de Michkenot Yacov, decorada, si a eso se le puede llamar así, con un muro de *trompe l'oeil* de piedras enlosadas, de los restaurantes con las garantías del Beth-Din, donde el pescado se prepara al estilo tunecino y los carteles anuncian los días de fiesta ni más ni menos que en Netanya o Eilat. Al otro lado de la rue Bisson, que actúa como una cierta «línea verde», podrías estar en Argelia. Los signos árabes de las tiendas reemplazan a los hebreos, no se ven mujeres en los cafés, los trabajadores mayores discuten interminablemente mientras se calientan al sol, el quiosco de prensa en el metro de Couronnes lo lleva una mujer con velo, y sobre el pavimento te encuentras una oferta de planchas de segunda mano y de paquetes de pilas pasadas de fecha.

Pero si la rue Bisson señala la frontera, no es un límite sellado. Las dos poblaciones se mezclan constantemente, no en los cafés que siguen mayoritariamente separados étnicamente, pero sí en las tiendas, en las aceras, en el gran mercado que se monta en la isla central del bulevar los martes y viernes. Algunos afirman que el barrio se pone tenso con los «suce-

sos» de allí, de Israel-Palestina. Yo nunca he visto nada de eso, ni siquiera durante la invasión israelí del Líbano en el verano de 2006. Este es un Estado único, sus habitantes viven cada uno al lado del otro, no se mezclan pero ciertamente son conscientes del otro, no se tienen necesariamente mucho cariño, pero si tienen un sentido de humanidad compartida. Su capital está en el gran cruce del metro de Belleville; una capital internacional, con chinos, africanos, franceses y muchos otros, que se extiende desde La Vielleuse –un café que mantiene el mismo nombre desde el día que Vallès hizo fuego sobre los versalleses desde las ventanas del primer piso– y Le Président, el mayor restaurante chino de París.

13 de mayo

Hoy es el aniversario del comienzo del golpe de Estado de 1958 que llevó a Charles de Gaulle de vuelta al poder. Nadie menciona la historia; es un pecado original cuyos efectos todavía se hacen sentir, el mito del hombre providencial que romperá con lo viejo y empezará algo nuevo. El complot tramado la primavera de 1958 por el entorno del general –Jacques Foccart, Olivier Guichard, Jacques Soustelle, Michel Debré– para presionar al pobre René Coty, presidente de la República y obligarle a llamar a De Gaulle, se mantiene en el olvido. Los generales franceses en Argelia le mandaron un mensaje vía Pierre Pflimlin, su primer ministro: dimite, deja paso a de Gaulle, el único que garantizaba a sus ojos una *Algérie française*. El 13 de mayo, el día que Pflimlin iba a ser investido en la Asamblea Nacional, las brigadas de choque dirigidas por los jefes de la extrema derecha, Maître Biaggi, Alain Griotteray, Yves Gignac (cabeza del *Anciens d'Indo*), los hermanos Sidos, el movimiento de *Jeune Nation* estaban listas para atacar el Palais Bourbon. En Argelia, el palacio del gobernador general estaba invadido por la multitud. En París, mientras el debate de investidura está teniendo lugar en la Asamblea, el general Massu manda un telegrama a Coty: «Le informo de la creación de un Comité civil y militar de Seguridad Pública, presidido por mí mismo. Firmado General Massu...» La misma noche, el general Salan, comandante en jefe de las fuerzas en Argelia, también manda otro telegrama, haciendo hincapié en «la urgente necesidad de apelar a un árbitro nacional». El 15 de mayo, desde el balcón de la sede del gobierno en Argel, Salan acaba su discurso gritando «¡Viva de Gaulle!». Esa misma noche se transmite la famosa declaración: «me encuentro dispuesto a asumir los poderes de la República...». París está sumergido en la confusión, y después de varios días en los que se muestra claramente la cobardía de los políticos, De Gaulle es votado en la Asamblea Nacional el 1 de junio, recibiendo el apoyo de casi la mitad de los socialistas.

Este turbio asunto, que debería haber acabado con los protagonistas en prisión y los generales rebeldes fusilados, ha sufrido un proceso de blanqueado histórico. Arroja más de una sombra sobre la personalidad de De Gaulle, de quien sólo está permitido cantar alabanzas. Sin duda se puede encontrar cierta comodidad en la conveniencia entre políticos y periodis-

tas de todas las tendencias. Esta ocultación del golpe de Estado, por otra parte, encaja con la nube de olvido que envuelve extrañamente la década de 1960, desde el papel de la ORTF y los medios estatales de comunicación, cuya abyecta sumisión está completamente olvidada, a la destrucción del París de la clase obrera decretada por Georges Pompidou.

15 de mayo

Sarkozy recibe a los dirigentes de los principales sindicatos en aras del «diálogo social». La Riposte, una organización comunista cuelga un texto en Internet:

Citando a Bernard Thibault, secretario general de la CGT, «naturalmente los sindicatos son interlocutores que requieren diálogo y negociación. Espero que Nicolas Sarkozy ponga claras las maneras por las que intenta, en el peor de los casos establecer una discusión y en el mejor negociar sobre un cierto número de asuntos». ¿Qué clase de falsa ingenuidad es para la CGT cuando reclama –y sucede lo mismo, o algo peor, con los demás sindicatos– que tendrá que juzgar las acciones del gobierno «de una en una»? ¿No sabemos todavía lo que Sarkozy intenta? En vez de advertir al enemigo sobre la manera en la que debe atacarnos, la responsabilidad de los dirigentes de los sindicatos, merecedores de ese nombre, es hacer entender claramente a los trabajadores lo que les espera, movilizarlos, prepararlos para su defensa poniendo todo el movimiento sindical en pie de guerra. Aquellos que todavía no hayan entendido esto, deberían buscarse otra ocupación al margen de la dirección sindical.

17 de mayo

«A pesar de la aproximación al centro de Ségolène Royal, y de la apertura a la izquierda de Nicolas Sarkozy, la secretaria general del PS continúa manteniendo la fractura entre derecha e izquierda» (*Le Figaro*, 16 de mayo). En esta campaña se ha hablado frecuentemente de «fractura», tanto para deplorar su existencia, lamentar que no esté más marcada como para alegrarse de que finalmente se vaya a cerrar. Las opiniones varían hasta sobre el origen de la palabra: algunos la ven derivada del griego *klinein*, «inclinarse», otros del flamenco *klieven*, un término técnico de los cortadores de diamante de Amberes en el siglo XVII. Los términos derivados a menudo implican al cuerpo viviente: los cirujanos hablan de la dirección de la fractura dentro de un órgano (entre dos lóbulos de un pulmón por ejemplo), los psicoanalistas de una fractura en el ego, los embriólogos de una fractura en el blastoderma. En todos esos casos, el término se utiliza como una división dentro de una estructura única. Entre dos grupos humanos distintos y opuestos puede haber una confrontación más o menos violenta, pero no una fractura. En el contexto actual, la palabra suena más bien como una admisión involuntaria, una manera de reconocer que aquellos que dicen hablar en nombre de otros, aquellos que se ocupan de la distribución de

la riqueza y de la posición, aquellos que discuten en la televisión pero alternan en los pasillos, forman un grupo homogéneo. Durante la Revolución francesa, el momento en que derecha e izquierda se convirtieron en términos políticos, no era una fractura lo que separaba a los dos lados; a no ser que uno se refiera al efecto de la guillotina.

Parece seguro que Bernard Kouchner será el ministro de Asuntos Exteriores. Lo más llamativo de esto no es la noticia en sí misma, sino la sorpresa e incluso la indignación que provoca en algunos. Su reacción no es lógica. Kouchner es uno de los inventores de la intervención humanitaria, la versión contemporánea de la caridad tradicional, con su misma buena conciencia, su misma satisfacción sacada de las angustias de otra gente (de determinadas angustias deberíamos decir). Para la condesa de Ségur, los buenos pobres eran los que extendían la mano a las puertas de la iglesia y no se daban a la bebida; en la actualidad las buenas víctimas del hambre y de los bombardeos son aquellos que no son ni fundamentalistas ni terroristas, y así legítimos candidatos a un ascetismo democrático. El coinventor con Kouchner del deber de la intervención humanitaria a principios de la década de 1990, fue el llorado Jean-François Revel, autor entre otras obras, de *The Anti-American Obsession*. Gracias a ellos, los derechos humanos se han defendido la mayoría de las veces con ataques aéreos estratégicos y bombas de racimo.

En 2004, la revista *Time*, incluía a Kouchner como una de las «cien personas más influyentes del mundo», por «haber apoyado en nombre de los derechos humanos la intervención de Estados Unidos en Iraq». En 2002, a petición de Total, accedió a escribir un informe para decidir si la compañía era culpable o no de haber forzado a los habitantes de pueblos de Myanmar a trabajar gratis en un gasoducto con el respaldo del ejército. Aunque Kouchner absolvía a la compañía de esta acusación, Total aceptó pagar 10.000 euros a cada una de los varios cientos de personas obligadas a trabajos forzados, como precio para evitar el oprobio internacional. Ya era hora de que Kouchner, en la actualidad con sesenta y seis años, consiguiera un trabajo de prestigio internacional. Su conexión con Sarkozy se produjo por medio de Bernard Tapie, exministro y exconvicto. Resulta lógico que Kouchner se uniera al núcleo de la oligarquía mediático-política, donde sin duda aporta una dosis de folklore. «Si no es leal para con sus amigos, ¿cómo lo va a ser con sus ideas?» preguntaba el representante de Médicos del Mundo. Eso parece una cuestión sin interés.

22 de mayo

El sentimiento de *déjà-vu* que he sentido desde las elecciones se explica de repente: el entronamiento de Sarkozy es una reedición de la instalación de Giscard en el poder. Consulto los ejemplares del *L'Express* y *Le Monde* de mayo-junio de 1974. La abstención se redujo al 12 por 100 del electorado, y Giscard marcó la pauta en su primera declaración: «No sereis de-

cepcionados: con vosotros yo traeré el cambio. Hoy es el comienzo de una nueva era en la política francesa, una era de rejuvenecimiento y cambio». Al día siguiente, *L'Express* tenía el siguiente titular: «Giscard: 100 días para cambiar todo».

El susodicho cambio fue hacer obvio su estilo presidencial: Giscard quería hacer la ceremonia de investidura «menos artificiosa». Llegó al Elíseo a pie y «la cabeza del Estado recibió la insignia de la gran cruz de la Legión de Honor, en una vestimenta de trabajo, en vez de formal. Los invitados estaban vestidos de manera similar. El señor André Chamson entregó al presidente de la República el collar de la orden, pero en lugar de colocarlo sobre su cuello, simplemente lo puso en una caja». La crónica de *Le Monde* señalaba que «cada una de las presidencias de la V República ha tenido su propio estilo. El de Giscard estará representado por un pullover». El nuevo estilo «se hacía evidente a última hora de la mañana del 1 de junio, cuando Giscard a los mandos de un helicóptero aterrizaba en Sainte-Preuve (Aisne), donde *monsieur* Poniatowski tenía una propiedad en la que celebraba la boda de su hijo Bruno –ahijado del presidente– con *mademoiselle* Alix de Montal, hija de un teniente coronel de la II División Acorazada».

Tanto con Giscard como con Sarkozy, a los observadores les gusta recalcar la precoz aparición de su vocación presidencial. *L'Express* escribía: «Fue en 1962 con su amigo Michel Poniatowski, cuando Valéry Giscard d'Estaing estableció la estrategia que le llevaría al Elíseo». Más adelante: «Ninguno de sus colaboradores próximos llegó a dudar realmente de que seguiría una trayectoria deslumbrante». Una vez en el puesto, Giscard y su «séquito inmediato» (como la propia palabra exige) no tardaron en afirmar que era el presidente el que gobernaba: «Soy yo el que dirigirá el cambio». Presintiendo el nuevo gobierno, el titular de *Le Monde* decía: «Una presidencia parlamentaria».

La «monarquía» da paso a la *vedettariat* [gobierno de las *vedettes*]. La vida política depende por completo de las iniciativas del presidente electo [...] Esto es una nueva aproximación al gobierno. Indudablemente una aproximación más acorde con las expectativas de una sociedad industrial, moderna, joven y desarrollada. Una nueva clase de presidencia, en el sentido de un gobierno «personal e individualizado» del presidente.

Y en *L'Express*: «Ahora está todo claro, M. Giscard d'Estaing se ocupará de todo. Más que el primer ministro, M. Chirac será el primero de sus ministros».

Igualmente, el cambio de 1974 también suponía una apertura hacia la izquierda. Giscard en su día había proclamado que esperaba «contar con gente de la izquierda no comunista». En su nuevo equipo, Jean-Jacques Servan-Schreiber recibía el Ministerio de Reformas; Françoise Giroud (que había apoyado a Mitterrand) fue nombrada secretaria de Estado para la mujer. Un

presidente joven destinado desde el principio para una carrera presidencial, decidido a ser él mismo el que emprendiera los cambios lo antes posible; que trae un estilo presidencial relajado, es deportista, monta un perfilado gabinete de quince miembros y se rodea a sí mismo de un equipo pequeño, de primera; que no duda en sobornar a nuevos aliados a su izquierda [...] Un caso donde los olvidos de Hegel que señalaba Marx, tristemente no se aplican: aquí la primera vez ya fue una farsa.

25 de mayo

Rachida Dati. El que alguien tan joven y falta de experiencia «política» haya sido nombrada ministra de Justicia y *Garde des Sceaux*, el tradicional número dos del gobierno, muestra claramente como esa tradición ha finalizado. La idea era que el Ministerio de Justicia y el del Interior actuaran como los dos platos de la balanza. En uno, una autoridad moral garantizando el afamado «Estado derecho», en el otro un arma contra el crimen. Esta ficción, que ya venía amenazada desde el segundo mandato de Mitterrand, se hizo pedazos en 2002 cuando Dominique Perben accedió al Ministerio de Justicia con el gabinete de Raffarin. La ley impulsada por Perben y Sarkozy acabó de manera efectiva con la separación de poderes, transformando a los fiscales en ayudantes de la policía; convirtiendo cualquier «acuerdo previo para cometer un crimen» en un acto de crimen organizado; amplió la definición de «banda organizada» para incluir la asistencia colectiva a extranjeros indocumentados y así sucesivamente.

Dati es una protegida de Albin Chalandon, ministro de Justicia entre 1986 hasta 1988 en el gobierno de Chirac. En su opinión, «cuanto más fuerte se haga el Frente Nacional, menos peligroso será»; «mientras [sus dirigentes] busquen un puesto en el gobierno, tendrán que seguir siendo republicanos» (*Le Figaro*, 20 de abril de 1998). Chalandon se declara «impresionado» por Dati: «No teme a nada, no tiene complejos, nada la detiene. La única comparación que se puede hacer es con el nuevo presidente de la República». (*Le Monde*, 23 de mayo). Sarkozy bien puede haber creado un superministerio de control y represión fundiendo Justicia con Interior y confiando a su doble femenino no sólo la balanza de la Justicia sino también los cañones de agua y los expedientes de los emigrantes ilegales. Quizá se presente la oportunidad algún día.

Mientras tanto, *madame* Dati, gracias a su nombre y a su apariencia impecable, está en posición de profundizar la infame legislación con medidas como reducir la edad de responsabilidad penal a los dieciséis y establecer penalizaciones a los reincidentes. Sarkozy cuenta con ella para mejorar sus relaciones con «la gente joven de las *banlieues*». Los padres de estos jóvenes pueden recordar como durante la Guerra de Argelia, los enemigos más peligrosos de la liberación no eran los paracaidistas de la Legión Extranjera, sino más bien los argelinos reclutados por el Ejército francés y que fueron ignominiosamente abandonados tras su retirada.

5 de junio

Mientras los principales sindicatos están esperando juzgar las actuaciones del gobierno «de una en una», una inesperada rebelión se está produciendo por todas partes. Dos asociaciones de magistrados han criticado las leyes anunciadas por Rachida Dati, que van a abarrotar más aún unas cárceles saturadas hasta hacerlas explotar. La legislación prevista es aún más severa de lo que Sarkozy había anunciado durante su campaña; en aquel momento habló contra los reincidentes múltiples, pero ahora las penas mínimas se aplicarán desde la primera reincidencia.

Alter, uno de los sindicatos que representa a los pilotos de Air France, ha solicitado oficialmente a la dirección de la compañía que revise su política relacionada con las expulsiones. «Ha habido un cierto número de incidentes en los aviones de Air France relacionados con las expulsiones de nacionales extranjeros del territorio francés. Los brutales métodos empleados por la policía para obligar a estos especiales pasajeros a viajar contra su voluntad son incompatibles con el buen funcionamiento y con condiciones saludables a bordo».

6 de junio

En una entrevista que publica hoy *Le Figaro*, Sarkozy dice «yo quiero» once veces, pero sus vigorosas propuestas están intercaladas de un extraño número de negaciones: «No dejaré que nadie [distorsione mi proyecto]», «no quería [hacer trampas]», «no estoy cerrado», «no abandonaré [la paridad de sexos]», «nunca utilicé [la palabra pausa]», «no he cambiado mi posición [respecto a Turquía]». El carácter completo se muestra aquí: arrogancia y duda, brutalidad y ansiedad.

Ayer en el tribunal de Metz, una mujer a la que el juzgado de menores había decidido prolongar otro año más la separación de su hijo de tres años, sacó de su bolsa un cuchillo de carnicero y lo hundió en el estómago del magistrado. De acuerdo con los periódicos y la radio, ella es «socialmente insuficiente», «sin techo y con un problema de drogas», afligida por una «incapacidad mental y social para cuidar de sus hijos» (*Libération*, los demás medios utilizaban las mismas frases). ¿Qué saben ellos? ¿Han hablado con la mujer? ¿O simplemente están repitiendo el informe de la policía y las afirmaciones de los abogados de la acusación?

En 1933, cuando Violette Nozières con dieciocho años, fue juzgada por el homicidio de su incestuoso padre, el grupo surrealista publicó un homenaje a esta delicada parricida. Con una cubierta de Man Ray, contenía ocho poemas (André Breton, René Char, Paul Eluard, Maurice Henry, E. L. T. Mensens, César Moro, Benjamin Péret y Gui Rosey) y ocho ilustraciones (Salvador Dalí, Yves Tanguy, Max Ernst, Victor Brauner, René Magritte, Marcel Jean, Hans Arp y Alberto Giacometti). El poema de Péret acababa:

Y aquellos que mean con su pluma en los periódicos
 los malévolos husmeadores de cuerpos
 los asesinos profesionales con sus porras blancas
 todos los padres, vestidos de rojo para condenar
 o de negro para simular que defienden
 todos arremeten contra ella el primer castaño florecido
 la primera señal de la primavera que borrará su turbio invierno.

¿Qué grupo, qué poetas, qué gente de cualquier clase tomará la defensa de Fathia, acusada de «intento de asesinato con premeditación en la persona de un magistrado en el ejercicio de sus funciones», un crimen castigado con cadena perpetua?».

Los viejos trabajadores argelinos que pasan el día en los bancos del Boulevard de Belleville, los africanos que toman el aire a las puertas del hostel Sonacotra, en la rue Fontaine au Roi, todos están considerados «emigrantes», un término que los define en relación al país donde han acabado; en relación a «nosotros». Sin embargo, antes de llegar aquí se fueron de otro sitio, por ello son *exilés*; pero no utilizamos ese término para hablar de ellos. Quizá implícitamente se supone que el sufrimiento del exilio es un sufrimiento noble, reservado a espíritus que potencialmente son capaces de sublimarlo en un trabajo artístico. Para un argelino que viva en Francia, el estatuto de emigrante supone en otras palabras, el estatuto de objeto, ya sea de la atención policial o de la asistencia social. Para ser un sujeto hablante del exilio, él o ella tendrán que escribir libros o por lo menos componer canciones.

Las elecciones legislativas se van acercando y por fin hay una cara agradable en los carteles: el joven Amar Bellal, candidato comunista en el XX *arrondissement*. Podrías votar sólo por agradecerle. En cambio la señora Buffet, la candidata presidencial del PCF, te puede dar hasta pena pensando lo que pueda sentir cuando entra en el edificio del partido en la Place du Colonel Fabien; no han tenido valor ni para poner un cartel en las barandillas.

¿Cómo ha llegado el partido hasta esta situación, en la que todo el mundo en la actualidad entiende que PC quiere decir *personal computer* y ya no Partido Comunista? A menudo se ha dicho que las dos fases del proceso han sido las maniobras de Mitterrand en la Unión de la Izquierda de 1980 y diez años después, el hundimiento del comunismo cuartelero en el este. Sin duda esto es una parte de la verdad, pero no una explicación suficiente. Estos dos golpes lo único que hicieron fue precipitar la agonía de un gran cuerpo que llevaba enfermo mucho tiempo.

Sin remontarnos a los tiempos bíblicos, —el pacto nazi-soviético, la rendición de las armas por el *maquis* después de la Liberación— uno de los grandes momentos en el descenso del partido hacia las profundidades, fue en mi opinión, la Guerra de Argelia. El Frente Republicano de 1956 fue considerado por los comunistas una «reedición» del Frente Popular; apoyaron la

concesión de poderes especiales civiles y militares a Guy Mollet, que le permitieron mandar refuerzos a Argelia e intensificar la represión. El partido acabó por prohibir a sus militantes la ayuda directa a la lucha de los argelinos (lo que condujo a serias tensiones con el Partido Comunista Argelino, entre cuyos activistas se encontraba Maurice Audin⁶. Condenó la negativa a obedecer órdenes y el apoyo a la desertión, basándose en una cita de Lenin que dice que hay que meterse en todas las guerras, incluso las imperialistas. Cuando fueron arrestados miembros del partido por su implicación con las redes de apoyo al FLN, especialmente el círculo de Jeanson (Secretario de Sartre), no solamente no se les defendió, sino que fueron expulsados del partido. El PCF tomó posición en contra del Manifiesto de los 121, un momento clave en el cambio de la opinión pública francesa. Los muertos en la estación de Charonne, cuyo aniversario se celebra hoy, estaban marchando ordenada y disciplinadamente cuando fueron aplastados por la policía de Papon a la entrada de la estación del metro.

Fue la Guerra de Argelia, por lo tanto, la que reveló un quejumbroso legalismo de los dirigentes del PCF que se mostraría más claramente aún con el golpe de Estado que trajo a De Gaulle en 1958. La noche del 13 de mayo, el Buró Político del PCF hacía un llamamiento a la gente:

Un golpe fascista ha tenido lugar en Argelia. En el propio París, bandas sediciosas han tratado de unirse al complot tramado en Argelia contra la República. El Buró Político llama a los trabajadores para que demuestren sin demora el rechazo masivo que se necesita para cortar de raíz estas tentativas sediciosas. El Buró llama para que se reúnan en sus lugares de trabajo y *expresen de las más diversas formas* [la cursiva es mía] su voluntad de defender la República. El fascismo no pasará.

El rechazo masivo se demostró, pero el partido permaneció tranquilamente parado. Las elecciones que vinieron a continuación (el referéndum constitucional de octubre de 1958 y las legislativas de noviembre, fueron su primer desastre: el porcentaje de voto pasó del 20 al 14 por 100.

Diez años después, al borde del abismo, el partido daba otro paso adelante. En mayo de 1968 buscó por todos los medios ahogar un movimiento que ni había puesto en marcha, ni había previsto, ni podía controlar. Abucheados en las asambleas de los estudiantes, en las fábricas en huelga los comunistas hicieron todo lo posible para mantener la situación en sus manos y evitar que la juventud obrera rebelde se mezclara con los estudiantes.

Durante los últimos treinta años, el partido se ha ido convirtiendo en un fantasma cada vez más transparente, cada vez menos y menos audible. Sus carteles están escritos en un quejumbroso tono, que culmina en la campa-

⁶ Maurice Audin (1932-1957): matemático de la Universidad de Argel, militante del PC; capturado en la Batalla de Argel, presuntamente torturado y muerto por el Ejército francés.

ña de las últimas elecciones con «Vivir mejor, es posible» y «Vivienda digna, tienes derecho a ella». Ya es hora de que desaparezca, como lo ha hecho el Partido Comunista Italiano hace tres meses cuando él solo se iba a pique al fusionarse con los cristianodemócratas en una formación socialdemócrata: el final del «compromiso histórico». Poniendo a dormir este vestigio del Partido Comunista Francés serviría por lo menos para la resurrección sin ambigüedades del más aceptable de los términos políticos: comunismo.

13 de junio

En la portada del ejemplar de junio de la *Tribune Juive*, la agradable aunque un poco carnívora sonrisa de Rachida Dati, bajo el titular «¿Qué diferencia hay entre los judíos y yo?». No tengo del todo claro que significa aquí «los judíos», y las banalidades simplonas de la entrevista no ofrecen ninguna respuesta. Vamos a suponer que la ministra de Justicia se esté refiriendo a la «comunidad» judía y sus dirigentes, aquellos que escriben en la *Tribune Juive*, aquellos que eligen delegados en el CRIF y a aquellos que como Ivan Levaï en el editorial de este mismo número, encuentran que «Kouchner y Sarkozy, para bien o para mal parecen una pareja». En este caso, *madame* Dati tiene razón: nada la separa de judíos como esos. En Francia especialmente, siempre ha habido judíos que eligieron ponerse del lado de los gobiernos, incluso durante la Guerra, cuando el gobierno de Vichy centró la persecución de los judíos hacia aquellos que eran extranjeros o recientemente naturalizados. «Judíos sin país natal que han descendido sobre nuestro país en los últimos quince años», como expuso el almirante Darlan. La Unión General de Judíos en Francia (UGIF) consideró que los judíos franceses quedaban a salvo, antes de que sus propios dirigentes fueran mandados a Auschwitz.

En Belleville, las placas recuerdan los nombres de otros judíos, muertos en combate, fusilados o deportados, por sus actividades en la Resistencia. Estos judíos eran emigrantes recién llegados del este, de Polonia especialmente. Eran trabajadores, a menudo antiguos bundistas. Hablaban mal en francés, con acento yidish. Muchos de ellos pertenecían a la MOI, la Organización de Trabajadores Emigrantes, dirigida (y despreciada) por el Partido Comunista. Algunos eran miembros del LICA (Liga Internacional contra el Antisemitismo), fundada por Bernard Lazare en los días del asunto Dreyfus, y de la cual su patética descendiente, la LICRA (Liga Internacional contra el Racismo y el Antisemitismo) es solamente una caricatura. Aquellos judíos están muertos y yo no me atreveré a hablar en su nombre. Pero podríamos pensar que estarían poco dispuestos a apreciar el ambiente nepotainista del cual *madame* Dati es uno de sus más finos retoños.

21 de junio

Ayer por la tarde, poco después de las siete, control de identidad al final de la rue de Belleville. La policía entró en un café, Le Celtic, y se llevó a

algunas personas entre las que se incluía una joven mujer china que llevaba ocho años en Francia y que se iba a casar en unos días con un francés. «Hicieron lo mismo en la tienda de ultramarinos al lado del bar», dice el propietario de Le Celtic. Una multitud se juntó en la calle, la policía se vio obligada a pedir refuerzos y a lanzar botes de gas para dispersarla.

¿Cómo se explica el hecho de que estas razias se hayan ampliado a la población china de Belleville, que hasta ahora había quedado a salvo? La razón está en que ahora la policía tiene objetivos que cumplir, con cifras concretas: 25.000 traslados en 2007. Encontrar chinos ilegales en Belleville es como pescar peces en un acuario. A finales de 1943, después de que los italianos hubieran capitulado, el Ejército alemán tomó la zona de Francia que había estado bajo control italiano, más o menos la ribera izquierda del Ródano. Allí había un cierto número de judíos (mi familia y yo entre ellos) que se habían refugiado en esa región después de que los alemanes hubieran invadido la mayor parte de la zona «libre» un año antes, porque el ejército italiano no tomaba ninguna medida contra los judíos en Francia. Pero bajo la ocupación alemana entre 1943-1944, el trabajo de la Gestapo y de la policía francesa en las ciudades de la Costa Azul, era bastante simple: solamente tenían que entrar en el primer hotel con la seguridad de que allí encontrarían familias judías. Un acuario diferente y un pez diferente, pero el mismo principio de rendición.

30 de junio

Joseph Roth cuenta en *The Radetzky March* la decadencia y caída del imperio austro-húngaro a través de tres generaciones. La marcha de Sarkozy ciertamente no durará tanto, pero ya se puede detectar un ritmo diferente en la música de Johann Strauss que dio nombre al libro de Roth; es un ritmo de dos pasos adelante (de los subordinados) seguido de un paso atrás (corrección del presidente). En Darfur se establecerán corredores militares humanitarios, dos aviones Transall se enviarán a Chad; se creará un «IVA social», pero no, eso será más tarde y sólo si no afecta al poder adquisitivo; las universidades más prestigiosas se venderán al sector privado, pero no, se venderán todas. Últimas noticias: Xavier Darcos, ministro de Educación Nacional, anuncia que quiere deshacerse de 10.000 empleos para el otoño de 2008. Podemos apostar que el paso atrás sólo se retrasará hasta que el presidente encuentre la mejor manera de desautorizar a su ministro.

1 de julio

Gran manifestación de emigrantes ilegales y de aquellos que les apoyan. En el metro de Belleville, la marcha que viene desde la Place des Fêtes se encuentra con la que empezaba en Gambetta. Chinos, africanos, anarquistas, gente de Educación sin Fronteras, amigos: una ruidosa mezcla, muchas mujeres con *boubous*, tanto con velos como a la última moda de Bellevi-

lle y montones de niños. En la cabeza un camión pone la música africana que hace bailar a la gente en la calle. La seguridad corre a cargo de africanos que se mueven entre risas. La canción dice: «Los sin papeles están en la calle / Sarkozy en su butaca / Los expedientes están en los cajones / ya hemos tenido bastante/ ya hemos tenido bastante». Las escuelas de barrio marchan detrás de sus pancartas. Unos cuantos viejos militantes tristes venden panfletos de organizaciones de las que nadie ha oído hablar. Una pareja de bandas tricolores, una del diputado socialista del XX *arrondissement*, y la otra de un parlamentario al que no conozco, en mangas de camisa, un peculiar efecto el de la banda sobre la camisa de rayas.

Esto no es ni una manifestación insurreccional ni un paseo sindical en zapatillas; es una forma de acción que considero nueva, basada en el placer de los que marchan al son de la música festiva, del placer de estar *juntos*. Algunas veces me he reído de esa palabra, repetida hasta la saciedad para conjurar la soledad en la que estamos envueltos. Sin embargo, esta tarde tenía un significado real, que junto a una interrupción del orden público que no ha sido poca cosa, se puede llamar emoción.

2 de julio

Le Monde menciona la manifestación en cinco líneas, dentro de un artículo dedicado a Brice Hortefeux que se presenta a sí mismo como el «ministro de los emigrantes legales»⁷. El principio «será la expulsión. Pero en su aplicación también se estudiará cada caso en particular». En *Libération*, algún escritorzuelo señala la «responsabilidad» de los organizadores de la manifestación sin dedicar ni una sola línea a lo que sucedió en la calle.

Imposible abrir un periódico o sintonizar la radio sin encontrarse una exortación a la refundación, renovación o reconstrucción de la «izquierda». Para una lectura más fácil dejaré de poner esta palabra entre comillas cuando me refiera al PS; dejémoslas implícitas. Todos estos artículos y propuestas comparten algunas características comunes: cada cual presenta sus lecciones sin explicar de dónde proceden, utilizando un «nosotros» que parece dirigido a sugerir que el portavoz no está realmente implicado o implicada en ellas. Las propuestas son vagas y limitadas a las típicas maniobras del aparato de un partido. Pero lo que altera un tono correcto es la expresión de una emergencia inminente, incluso de una cierta confusión.

La socialdemocracia de hecho está muerta: ese gran agente del consenso, la principal muralla contra la guerra civil, está muerta en todo el mundo o a punto de estarlo. En Alemania, el país donde nació, fue desmantelada por el sistema de Schröder. En Italia donde realmente nunca existió, todo lo que queda después de la era Berlusconi son escombros. En Israel, el

⁷ Hortefeux fue nombrado ministro de Inmigración, Integración, Identidad Nacional y Cooperación al Desarrollo en mayo de 2007.

Partido Laborista no es más que un apéndice que sirve de apoyo a la extrema derecha. En Estados Unidos, Hillary Clinton está llevando al Partido Demócrata hacia posiciones más reaccionarias que las de los propios republicanos moderados. La principal causa de esta decrepitud es común en todos los lugares: las «restricciones económicas» han hecho añicos la panoplia de la socialdemocracia como fuerza de izquierda. Y para desarrollar políticas de derechas los electores de todos los países lógicamente prefieren a líderes de la derecha: Sarkozy, Merkel, y mañana Netanyahu y el regreso de Berlusconi.

En Francia, los dirigentes del Partido Socialista están trastornados al verse distanciados de los centros desde donde se adjudican las posiciones y se distribuyen las recompensas. Algunos de ellos se han ido, con la bolsa y el equipaje, al campo contrario. Otros están convencidos de que su regreso al poder requiere de una transformación como la que Blair impuso en el Partido Laborista. Royal habló mucho de eso en el curso de la campaña, y Strauss-Kahn no tiene otra cosa en la cabeza. Lo que falta simplemente es una expresión convincente, un abandono decisivo de los ornamentos sociales, una renuncia que pueda ser claramente proclamada. Esto es lo que significa la renovación/refundación del Partido Socialista.

Si la muralla de la socialdemocracia se ha desplomado, es imperativo reconstruir una nueva. Pero para levantar una nueva muralla detrás de la cual pueda restablecerse el consenso, se necesita un cemento ideológico adecuado, por lo menos en Francia, un país donde el «pragmatismo» no resulta suficientemente seductor. Ese es el papel que desempeñan unos intelectuales de variado origen, desde el Collège de France a *Le Nouvel Observateur*; desde *Esprit* a los editoriales de *Le Monde* y *Libération*. Aparte de unos cuantos chaqueteos, estos intelectuales no confían en la derecha para mantener el orden existente. Piensan que la moda Sarkozy pasará y temen que producirá toda clase de exabruptos. Por ello están trabajando en un nuevo cuerpo doctrinal que se diferencie del neoliberalismo vulgar, pero que demuestre de forma científica el carácter tristemente inevitable de la economía de mercado, de la libre competencia y del movimiento sin restricciones del capital y de los cerebros.

François Furet, para quien la Revolución francesa sólo puso fin a algo que no había existido nunca, creó la Fondation Saint-Simon que, por primera vez en Francia, reunía de acuerdo con un modelo estadounidense, a políticos, académicos, expertos en medios de comunicación y empresarios, para trabajar en un «proyecto de modernización». El secretario general de la fundación antes de su disolución era Pierre Rosanvallon, que en 2002 fundó un nuevo grupo de estudio, la «República de las Ideas», del que es presidente. Su vicepresidente es Olivier Mongin (*Esprit*) y su tesorero el antiguo patrón de Crédit Lyonnais, Jean Peyrelevade. La República de las Ideas organizó un gran encuentro en Grenoble en mayo de 2006, en unión de Solidarités Actives (una organización encabezada por Martin Hirsch, a quien Sarkozy ha nombrado su asesor para combatir la pobreza). Su ob-

jetivo era «desarrollar una *nueva crítica social* [las cursivas son mías], para aplicarla simultáneamente en tres direcciones: analizar las tensiones características del capitalismo contemporáneo, examinar los cambios en la democracia, y entender las revoluciones culturales que están en marcha».

Para un club como éste, resulta esencial que la dimensión «crítica» resulte tan evidente como sea posible, ya que se trata de proporcionar instrumentos intelectuales para emplastar una centroizquierda que no parezca por completo una derecha. Los libros publicados por La República de las Ideas tienen títulos desafiantes: *Le capitalisme d'héritiers*, *Le ghetto français*, *Les désordres du travail*, *L'insécurité sociale*. Pero dentro de ellos, aparte de las invariables ditirambas de *Le Monde*, *Télérama* y *Le Nouvel Observateur*, sus propuestas proceden de Raymond Aron, de los discípulos más bastardos de Pierre Bourdieu y de un plano economicismo estadounidense. Pero estos campeones de la filosofía política, estos intelectuales que buscan apuntalar el orden establecido, siempre encuentran la misma dificultad para navegar: cómo hacer creer a la gente que su intención es cambiar todo, cuando lo que quieren precisamente es que no cambie nada.

5 de julio

Dos pasajeros de un vuelo París-Bamako, Marie-Françoise Durupt y Yousouf Soumounou, comparecen ante el tribunal de Bobigny el 2 de julio acusados de que estando

en Roissy, el 28 de abril de 2007, de manera directa provocaron a los señores Diakite Ibrahima y Fofona Samba, que estaban siendo expulsados del país, para que se rebelasen, gritando y arengando públicamente, con la intención de resistir violentamente a personas investidas por la autoridad pública, acciones que entran dentro del artículo 1.433-10, apartado 1 del Código Penal y que se castigan en el mismo artículo (*L'Humanité*, 3 de julio).

El jefe de policía, Michel Gaudin, manifestaba en *Le Figaro* (4 de julio): «La capital debe resolver urgentemente su atraso en términos de video vigilancia [...] Los últimos datos reflejan que existen 38.800 cámaras, tanto públicas como privadas; solamente la mitad de las que hay en Londres».

Lamine Dieng, un joven de veinticinco años, arrestado el 17 de junio en Ménilmontant, muere en la furgoneta de la policía que le trasladaba a comisaría. La autopsia fue rápida para alcanzar un veredicto de muerte por paro cardíaco consecuencia de una sobredosis, a pesar de que los que le conocían aseguran de que no tomaba drogas. La familia ha interpuesto una querrela, y se ha formado un comité para encontrar la verdad. Unas semanas más tarde, Le Monte-en-l'Air una librería en la rue des Panoyaux recibió la visita de la policía, que les obligó a retirar del escaparate un cartel anunciando el primer encuentro de este comité de apoyo; la razón que se esgrimió fue que «este tipo de cosas menoscaba a la policía».

8 de julio

El titular de *Le Monde*: «Cinco intelectuales en el Elíseo». Sarkozy ha invitado a comer a Hélène Carrère d'Encausse de la Académie Française, André Glucksmann, Max Gallo (también de la Académie), Claude Lanzmann y Eric Marty (a pesar de que se hubiera podido pensar que estaba demasiado avergonzado después del debate con Taguieff, como para andar solo por la calle; sin duda vino en el equipaje de Lanzmann)⁸.

Dos apuntes sobre esta invitación. El primero se refiere al término «intelectual». Estoy acostumbrado a tratar con historiadores, filósofos, biólogos, sociólogos y poetas. También conozco a librerías, fontaneros, apicultores, maestros, camareras e incluso a periodistas. Pero en su acepción actual, el término «intelectual» viene a señalar a hombres (y algunas mujeres) que han adquirido el derecho a expresar públicamente su opinión sobre el tema que quieran y especialmente sobre temas políticos. La expresión «intelectual mediático» se ha convertido en un pleonasma: el hombre o la mujer que no tienen columnas disponibles en los principales diarios o semanarios, a los que no se invita regularmente a France Culture, y que nunca aparecen en la televisión, no pueden ser considerados «intelectuales».

El segundo apunte versa sobre la razón de esta comida. Si Sarkozy estuviera tratando de quitarse la imagen de nuevo rico con poca cultura, más fácil le habría resultado invitar a personajes más jóvenes, más de moda y desde luego con más talento. Creo que de lo que se trataba era de rendir homenaje a un grupo de neoconservadores franceses, seleccionados entre aquellos que han trabajado durante años para dar forma a la ideología hegemónica actual. La bandera del patriotismo (Gallo), el desprecio por los emigrantes (Carrère d'Encausse), la exportación de la democracia por las armas (Glucksmann), la equiparación de los críticos a Israel con el antisemitismo (Lanzmann, Marty), el odio hacia el Islam (todos ellos): es el pensamiento de la nueva derecha el que ha sido invitado al Elíseo.

9 de julio

Mucha algarabía estos últimos días sobre la «apertura»: en otras palabras, la pesca de socialistas; la última red ha recogido a Strauss-Kahn, aupado por Sarkozy como nueva cabeza del FMI. Después del ruidoso anuncio de la designación de Lang y Védrine para que se unan a comisiones gubernamentales, estas maniobras alarman al Partido Socialista, que resplandece de indignación.

⁸ Pierre-André Taguieff: destacado partidario de la corriente que sostiene que está propagándose un «nuevo antisemitismo», especialmente entre la izquierda y los críticos de Israel; en una conferencia organizada por Taguieff a finales de mayo de 2007, Marty atacó a Alain Badiou por «antisemitismo objetivo». Muchos de los participantes en la conferencia protestaron en solidaridad con Badiou.

Pero cambiar de chaqueta de esta manera está inscrito en la propia historia del PS. El 10 de julio de 1940, cuando lo que quedaba de la Asamblea Nacional se reunía en el Gran Casino de Vichy para votar la propuesta de Laval de dar plenos poderes a Pétain, 36 diputados socialistas votaron en contra, 6 se abstuvieron y 90 votaron a favor, proclamando el fin de la III República y el establecimiento de un régimen autoritario. Algunos socialistas fueron más lejos todavía, optando por la colaboración con los nazis: Paul Faure, antiguo número dos del partido; Charles Spinasse, ministro de Economía y después ministro de Presupuestos en el Frente Popular, que abanderó la colaboración «sobre la base de la igualdad», de una nueva Europa y de una «asociación libre de los Estados socialistas»; René Belin, vicesecretario general de la CGT y diputado, a quien Pétain nombró ministro de Trabajo; Georges Albertini, antiguo secretario general de las Juventudes Socialistas, que se convirtió en vicepresidente del Rassemblement National Populaire, el partido profascista de Marcel Déat.

Más cercano a nosotros, cuando De Gaulle tomó el poder en 1958, recuerdo haber tomado parte en una gran manifestación unitaria de la izquierda celebrada el 28 de mayo, que desde Place de la République llegó a la Place de la Nation. Manifestación que estuvo encabezada por los socialistas, para mostrar la resuelta oposición de la gente al golpe de Estado. A continuación, el 1 de junio, de 91 diputados socialistas 42 votaron a favor de De Gaulle, asegurándole la mayoría. Guy Mollet, primer secretario de Sección Francesa de la Internacional Obrera, se unió al nuevo gobierno como ministro de Estado. Hay que reconocer que las genuflexiones de los socialistas con motivo de la ascensión de Sarkozy a la presidencia, no se pueden comparar con estos dramáticos acontecimientos. Pero desde luego encajan dentro de un partido cuyos líderes tienen por objetivo principal alcanzar el poder. Semejantes cambios son perfectamente normales cuando ese objetivo parece distante e incluso problemático.

11 de julio

Un investigador de la Ecole d'Economie en París, Camille Landais, ha estudiado la tendencia de la renta en Francia desde 1998 hasta 2005 (*Le Monde*). Para el 90 por 100 de los hogares [unos 55 millones de personas], el aumento está «por debajo del 5 por 100». En el otro extremo, para «el 1 por 100 [alrededor de 600.000 personas], los ingresos declarados han aumentado hasta el 19 por 100; para el 0,1 por 100 [60.000 personas], han crecido un 32 por 100, y para el 0,01 por cien [6.000 personas], han aumentado cerca del 43 por 100».

3 de agosto

Según el portavoz del Elíseo, no hay ninguna relación entre la intervención de Sarkozy para alcanzar la liberación de las enfermeras búlgaras y

la venta de armas a Libia. Sin embargo, la credibilidad pública tiene sus límites y el Partido Socialista, con la mayoría de los periódicos, pide que el gobierno de pruebas de «transparencia» en este asunto.

La aparición de la «transparencia» en el vocabulario político y de los medios me devuelve a mediados de la década de 1980, con la *glasnost* de Gorbachov. Su proliferación actual revela algo sobre la retorcida relación entre la política y la verdad en Francia. A través de un medio transparente, como una ventana limpia, lo que veas puede ser una burla, una mascarada. Una persona transparente no es necesariamente una persona buena; él o ella puede ser un sinvergüenza redomado, siempre que respete los procedimientos adecuados.

Tiene poca importancia pedir transparencia, comités de investigación, mediadores, observadores, altas autoridades de todo tipo. Lo que necesitamos pedir es la verdad. Pero eso iría en contra de uno de los postulados básicos del pensamiento posmoderno que ilumina a los paladines del «pragmatismo» e inspira esos discursos donde la palabra «concretamente» aparece en cada frase. De acuerdo con este postulado, la verdad es una noción relativa, una cuestión de interpretaciones entre las que es imposible decidir, cada una de ellas arrojando un reflejo distorsionado sobre las demás. El ingenuo que persigue la verdad se parece más bien al personaje de Orson Welles en el laberinto de espejos al final de *The Lady from Shanghai*, disparando con su pistola a gente que no está donde parece.

Lo que se llama «opinión pública» francesa actualmente parece estar satisfecha oyendo a cierta gente pedir transparencia y a otros prometiéndola, después de haberse despedido hace mucho tiempo de la verdad en materia política. La manera en que cada uno elige la verdad se corresponde bien con las variadas componendas de nuestros dirigentes. La «transparencia» es simplemente el nombre de una de esas componendas; quizá la más astuta de todas.